

SOBRE LAS CONDICIONES ESPACIO-TEMPORALES EN LA PRÁCTICA DEMOCRÁTICA

R.B.J. WALKER*

RESUMEN:

Este capítulo es parte de un libro contextualizado en la etapa inicial de la post Guerra Fría y los debates sobre la democratización global y el triunfo de la democracia liberal como modelo político. El texto invita a diversas reflexiones sobre la temporalidad y la espacialidad de la democracia en la teoría política, la eficacia de su aplicabilidad, y la falta de cuestionamiento sobre lo que la "democracia" implica más allá de su "encanto cosmopolita".

PALABRAS CLAVE:

Democracia; espacio; tiempo; cosmopolitismo; escepticismo.

TITLE:

On the spatio-temporal conditions of democratic practice.

ABSTRACT:

This chapter is part of a book contextualized in the early Post Cold War era, and within the debates regarding global democratization and the triumph of liberal democracy as political model. The text invites to diverse reflections about the temporality and spatiality of democracy in political theory, the efficiency of its applicability, and the lack of questioning regards what "democracy" implies beyond its "cosmopolitan charm".

KEYWORDS:

Democracy; space; time; cosmopolitanism; skepticism.

***R.B.J. WALKER** es profesor de la University of Victoria desde 1980 y miembro fundador del Programa Graduado de Pensamiento Cultural, Político y Social. Es editor de la revista *Alternatives: Local, Global, Political* and co-editor junto a Didier Bigo de *International Political Sociology*.

El presente fragmento pertenece a WALKER, RBJ, *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*, capítulo 7, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, ps.141-158.

Fragmento traducido y publicado con permiso de Cambridge University Press.

“Encanto cosmopolita y el cinismo culto”

“Hoy día todos somos demócratas”, escribió John Dunn en su amplio cuestionamiento de los límites de la “teoría política frente al futuro”. Comenzando su cuestionamiento con los reclamos de la teoría democrática, nos recuerda de inmediato el ampliamente conocido doble rol que tiene la democracia, como “encanto retórico cosmopolita”, y como la práctica que es, para la mirada escéptica de Dunn, “bastante fina sobre el suelo”. “La teoría democrática es el Esperanto moral del actual sistema de estados-nación, es el lenguaje por el cual todas las naciones estarán realmente unidas, es la hipocresía pública del mundo moderno, de hecho, es una dudosa acepción –y una que solamente un completo imbécil estaría gustoso de tomarlo de frente como un valor, de forma muy literal”¹.

Sólo a una década de aquellos futuros horizontes que Dunn trataba de atisbar, las prácticas democráticas, en cambio, vienen a parecer más fecundadas. Los logros democráticos han sido celebrados en muchos lugares durante la pasada década, sin embargo, el vínculo de la democracia con el rompimiento de la rigidez cristalizada en Yalta parecen ser hechos especialmente estimulantes. Las obviedades geopolíticas establecidas y la retórica de los infieles comenzó a marchitarse –o al menos a redirigirse– ante el más fundamental de todos los planteamientos políticos: las cosas cambian. Entre el remolino de eventos acontecidos en la política europea contemporánea, particularmente, el encanto cosmopolita de la democracia se ha vuelto más seductor que nunca. Luego de la caída del Muro de Berlín, el ánimo se hizo esperanzador repentinamente, las victorias fueron celebradas y hasta la mirada más escéptica fue forzada a parpadear –a parpadear, pero no a cambiar su fría mirada.

El gran encanto de la teoría democrática –por supuesto, a la sencilla etiqueta no se le debe permitir oscurecer la multiplicidad de especificaciones– indudablemente radica en su pretensión cosmopolita. Ésta se ha llegado a articular como la ambición de todo el mundo; como una ambición relativamente reciente, de seguro, sin embargo, como una que se ha convertido en componente indispensable de la mayoría de los argumentos claves para legitimar la autoridad y la práctica progresiva. Todavía la familiar discrepancia entre retórica y realidad (para emplear lo que quizás puede ser descartado como una engañosa presunción metafísica) es ampliada por la contradicción entre la ambición cosmopolita y la articulación de las prácticas democráticas dentro de los particulares y distintivos chauvinismos parroquiales de los estados territoriales. La literatura en torno a la democracia asume ahora proporciones gigantescas. Todavía utilizar esta literatura para comprender lo que la democracia podría estar dándole a las estructuras políticas del *mundo* moderno es conseguir de forma excepcional alguna ganancia precaria².

¹ DUNN, John, *Western Political Theory in the Face of the Future*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, p. 2.

² Para una breve discusión en torno a la problemática relación entre democracia y políticas

Debemos ser conscientes de que los procesos internacionales tienen un impacto significativo en las posibilidades democráticas de algunos lugares particulares y que los problemas particulares de un lugar influyen en lo que ocurre en cualquier otro lugar en el mundo³. No obstante, tomar en serio las pretensiones cosmopolitas de la teoría democrática parece sugerir que el término “política mundial”, en efecto, dice algo importante: que es más que un conveniente sinónimo para las relaciones interestatales o internacionales. De hecho, dejando de lado esos aún familiares intentos de reducir toda la vida política a una lucha universal por el poder, y a pesar de la prevalencia del sinónimo fácil; el análisis político moderno es predicado sobre la suposición de que las políticas interestatales y la política mundial tienen un carácter diferente. Existe un eslabón perdido desde las meras relaciones entre los estados o naciones y que no debería estarse perdiendo de la más auténtica vida política dentro de ellos. La presencia y ausencia, política y relaciones, comunidad y anarquía, progreso histórico y eterno retorno: así son las condiciones espaciales bajo la posibilidad del cambio y transformación que pueden preverse y sostenerse. No es sorprendente, sin embargo, que el escepticismo de Dunn acerca de la democracia sea ampliado por sus más escépticas reflexiones en torno al nacionalismo. “Aún en sus más ideológicas pretensiones”, escribe él, “las especies aún no han concebido una forma práctica de trascender el estado-nación”⁴.

Uno puede concluir que toda la ambición de universalización y todo el encanto cosmopolita que caracteriza a las teorías modernas de la democracia deben ser reconciliables con las formas particularistas en donde la democracia ha sido articulada en la práctica. Por tanto, podríamos suponer que el carácter de dicha reconciliación no está desconectado del doble rol de la democracia, tanto como hipocresía, como también como logro. Aún así, a pesar del ánimo esperanzador, la mirada escéptica debe continuar perpleja ante la actual revitalización del atractivo de la democracia en todas partes debido a que los principios de ésta han sido trabajados con un grado de convicción solamente en relación a un lugar en particular –para la contenida y territorializada comunidad del supuesto estado autónomo y soberano.

Desde un lado este rompecabezas podría ser expresado simplemente como la contradicción entre la aspiración universal y la realización particularista. Por consecuencia, se debe dirigir nuestra atención hacia el reclamo de los estados de ser capaces de resolver esta –o cualquier otra– contradicción. Desde otro lado, sin embargo, esto debe parecer como una contradicción bastante diferente –o quizás esto es sólo una incongruencia– entre las estructuras de poder que parecen

extranjeras, por ejemplo, ver SMITH, Steve, “Reasons of State” en HELD, David y POLLIT, Christopher (eds.), *New Forms of Democracy*, Sage, Londres, 1986, ps. 192-217.

³ WHITEHEAD, Lawrence, “International Aspects of Democratization” en O’DONNELL, Guillermo y SCHMITTER, Philipp (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986.

⁴ DUNN, John, *Western Political Theory...*, op. cit., p. 64.

haberse internacionalizado, globalizado, cada vez más, en un sentido universalizado y en procesos de participación, representación, contabilización y legitimización que siguen enraizados en los aparatos institucionalizados de los estados. Puede haber encanto cosmopolita, pero, en ambos casos, un proceso democrático que es cosmopolita en cualquier otra cosa más que el encanto es difícil de alcanzar.

Por tanto, el escéptico debe preguntarse precisamente cómo el atractivo universal de la democracia ha sido reconciliado con el carácter particularista de los estados. Si "hoy día todos somos demócratas", la contradicción evidente entre la pretensión universalista y la realización particularista debe llevarnos a pensar sobre quién es este "nosotros" democrático a día de hoy. Debe llevarnos a pensar precisamente sobre cómo los estados han podido afirmar que han sido capaces de resolver todas las contradicciones, siendo así que las ambiciones universalistas de la democracia se han vuelto sencillas, tan irresistibles, y a la vez, tan intangibles en cualquier cosa menos en la retórica de un mundo dividido contra sí mismo.

En este capítulo pretendo explorar estas contradicciones en relación al marco espacio-temporal de las afirmaciones acerca de la comunidad política y de la identidad política que ha comenzado a surgir de este análisis hasta ahora. Estoy especialmente interesado en centrarme de una forma más cercana en el principio del estado soberano y su específica resolución moderna de la relación que existe entre universalidad y particularidad. Como está expresado en el principio del estado soberano, esta resolución ya articula una afirmación acerca de la pretensión cosmopolita y esquematiza la forma de cinismo culto requerido para una valoración realista de los límites de la democracia práctica. Por lo tanto, sugeriré que ésta limita nuestro entendimiento de las posibilidades de la democracia contemporánea. Específicamente, limita nuestra capacidad para imaginar las potencialidades de lo local, de las prácticas de base y marginales, como también nuestra habilidad para entender estas prácticas en relación con lo que sucede en otros espacios locales y marginales. Una de las formas más interesantes de democracia práctica, de hecho, depende de un persistente rechazo a conformarse con las suposiciones espacio-temporales que han informado a las tradiciones de teoría democrática más influyentes. Tradiciones que invocan al universalismo cosmopolita a la vez que cultivan ese conocido escepticismo, ese cultivado cinismo y esa mirada ciega.

Democracia y comunidad política

Decir que hoy día todos somos demócratas es reconocer que no siempre lo hemos sido. Para intentar entender cómo es posible hablar de democracia en lo que son, ambiguamente, términos globales o universales, mientras reconocemos que en muchos casos cuando hablamos de democracia nos referimos a *espacios* territoriales particulares, es de gran ayuda reflexionar sobre las trayectorias *temporales* que son asumidas y reflejadas en los debates contemporáneos acerca de la democracia. La democracia no sólo se nos enfrenta como una ambición universal y como un logro parcial en algunos lugares, sino que también se nos enfrenta como una interpretación de la historia. En este contexto, es útil reflexionar

sobre tres actitudes temporales interrelacionadas a través de las cuales la crítica a los logros democráticos y a las posibilidades democráticas ha sido obviada de forma persistente.

Para comenzar uno puede verse tentado a responder a la inmediatez, al evento reciente, al momento trascendental. La dificultad aquí es que uno nunca puede responder al momento inmediato sin insertarlo dentro de una amplia lectura de la dirección temporal y potencial. Por ejemplo, más recientemente la relativa y notable falta de derramamiento de sangre en las calles parece inducir un masivo flujo de sangre a la cabeza. Al parecer, eventos impensables en Europa y la Unión Soviética socavaron casi medio siglo de rigidez estructural, a la vez que se sacudían las categorías académicas, los gestos retóricos y las identidades culturales. Por supuesto, entre los comentaristas más prudentes se insta a ciertas reservas. Incluso, enormes dificultades persisten como rápidamente notó Gorbachov, el virtuoso. Con los ojos puestos en otros lugares percibieron las luchas contradictorias y los desarrollos desiguales que son usuales. Sin embargo, entre los más exaltados la interpretación de eventos específicos afirma una filosofía de la historia triunfante: la conversión de Ellos en Nosotros (o, en Estados Unidos⁵), la admisión final de que la libertad y la democracia serán ganadas solamente con la lógica mágica del capitalismo de la modernidad está llamada a realizar su hechizo sobre el espacio y el tiempo.

De este modo la segunda actitud está trabajando en la primera. En lugar de ser barridos por el momento pasajero, las versiones de democracia se vuelven apenas distinguibles de las grandes visiones de la Ilustración y el progreso. Una vez hubo ahí un comienzo, un origen. En este caso el foco de atención es usualmente apuntado sobre los misterios de la *polis* griega. Desde este comienzo puede ser trazada la, aparentemente inevitable, progresión desde la tiranía hacia la libertad. Erase una vez...y todos vivieron felices para siempre.

Aún así las objeciones usuales de la academia nunca se suprimieron totalmente. Debe decirse que la *polis* griega era un tanto especial, incluso, un lugar peculiar donde se albergaban extrañas ideas acerca de lo que se suponía que fuera la democracia, además de particulares y duras ideas acerca de su valor. Cualquiera de las líneas de continuidad pueden dibujarse entre ésta y la ciudad-estado del Renacimiento, dejando de lado a los estados modernos nacionales y burócratas, las discontinuidades son considerablemente más devastadoras. Rousseau, por ejemplo, se puede entender parcialmente como una expresión de nostalgia por la participación ciudadana en la comunidad cívica al estilo *polis* griega, pero también como el reconocimiento de la dificultad, tal vez incluso imposibilidad, de reconciliar dicha nostalgia con los reclamos de la sociedad moderna y no menos con las consecuencias de la propiedad privada.

Incluso dentro del pensamiento político moderno las nociones de democracia

⁵ N.d.T.: La cita original dice: "the conversion of Them into Us (or U.S.)".

son relativamente recientes. Puede ser bastante fácil leer algunas ideas, ahora indeleblemente asociadas con la democracia, en los textos clásicos de Locke, Hobbes o incluso Maquiavelo, pero estas ideas son comúnmente asociadas, en primer lugar y más que todo, con nociones modernas específicas de la comunidad política estadista y de la identidad individual, por un lado, y con nociones capitalistas específicas sobre la propiedad y el interés propio, por el otro. Por ejemplo, esa unión superficial de “democracia liberal” oscurece una compleja convergencia histórica de ideas sobre los reclamos de soberanía del estado y el derecho a la propiedad privada que, en sus formulaciones iniciales, fueron de todo menos democráticas⁶. En un mundo peliagudo, incluso si sólo los estados cuasi-autónomos, y de un capitalismo organizado globalmente, discutieran sobre si esta unión es, incluso ahora, nada más que un estratagema retórico, ésta sigue siendo central en el debate político contemporáneo.

Al olvidar estas advertencias sobre el anacronismo es posible zafarse de las grandes filosofías de la historia y caer dentro de una tercera estancia temporal, una en que la democracia es interpretada como una condición más o menos alcanzada, en lugar de ser un problema continuo y difícil. Aquí la tentación es olvidar que las preguntas acerca de qué podría ser la democracia siguen siendo no menos urgentes que las preguntas acerca de cómo ésta sería alcanzada en lugares particulares. Irónicamente, pero crucialmente, el significado de la democracia se ha tornado incluso más oscuro y polémico precisamente en el momento en que los adelantos democráticos están siendo celebrados por todas partes. O para ponerlo ligeramente diferente, las perspectivas para un entendimiento histórico específico de la democracia parecen brillar más que nunca –al menos para algunos comentaristas–, en el preciso momento en que ese entendimiento parece disonar cada vez más con las rápidas transformaciones en el contexto estructural en el cual la gente lucha por ejercer algún control sobre sus vidas.

El significado de la democracia se ha tornado más oscuro y polémico por la interpretación de eventos específicos, las afirmaciones sobre las grandes filosofías de la historia y las versiones de lo que la democracia se ha convertido ahora, están atrapadas en las incertidumbres fundamentales sobre la dirección y significancia de las trayectorias temporales contemporáneas. Nosotros queremos interpretar los eventos recientes como históricamente significativos, como evidencia del progreso hacia la emancipación humana. Pero aún cuando las victorias son celebradas, el escéptico continúa recordándonos que, pese a si es cierto que la democracia se está convirtiendo en una condición importante en más y más lugares, seguimos entendiendo poco acerca de lo que la democracia puede significar como ambición de la humanidad en general. El generalizar las referencias puede hacerse para “la gente”, y los teóricos valientes pueden tratar de hacer algo de sentido de los procesos económicos, culturales o técnicos que podrían abarcarse bajo términos como “global” o “planetario”; pero preguntar qué podría ser posiblemente la democracia

⁶ Ver, por ejemplo, MACPHERSON, Crawford B., *Democratic Theory: Essays in Retrieval*, Oxford, Clarendon Press, 1973.

en relación con “la gente” en general, o con las estructuras del poder global, es comprometerse con los grandes silencios del discurso político contemporáneo. Decir que hoy todos somos demócratas es reconocer, no solamente que no siempre lo hemos sido, sino que ese “nosotros” que es supuestamente democrático continúa siendo un ser extraño.

Por tanto, si ahora todos somos demócratas, incluso si más convincentemente en el gesto retórico que en la práctica rutinaria, entonces estamos todos metidos en una problemática, en una lucha continua en vez de en una condición terminada. Dada la enorme literatura que intenta explorar esta lucha, es sin duda descarado intentar caracterizar esto de forma limitada. No obstante, puede ser útil indicar cómo algunos de los temas familiares que son delineados en la literatura pueden ser enmarcados en relación a lo que hasta ahora he intentado bosquejar como la contradicción central expresada en la mayoría de teorías democráticas contemporáneas –la contradicción, o disyuntiva, entre las aspiraciones universales y la práctica particularista.

Tal marco puede ser visualizado en tres etapas. Primero, debemos recordar las evidentes contradicciones perennes que ahora caracterizan a la mayoría de los debates acerca de la democracia, al menos dentro del pensamiento político occidental. Pienso especialmente en los conceptos contrastantes de la libertad y la obligación de un lado, y en la libertad e igualdad del otro. Segundo, podemos examinar una variedad de contextos en donde estas contradicciones han sido resueltas tanto como dualismos inestables o monismos tentativos. Pienso aquí, particularmente, en los pares familiares de la sociedad pública/privada, y estatal/civil, como también las explicaciones adicionales de las instituciones gubernamentales y la relación entre política y economía. Tomadas juntas, una gran proporción de la literatura sobre la democracia puede ser tomada en cuenta de esa forma.

Tercero, podemos examinar las condiciones bajo las cuales estas contradicciones, y al menos su resolución parcial, se han vuelto posibles. Aquí, en la forma más descuidada, pero posiblemente la exploración contemporánea más importante de la democracia, pienso especialmente en el tratamiento relacionado a esas condiciones fronterizas, esas situaciones marginales a través de las cuales se afirma la contradicción entre la aspiración universal y la práctica particular: el límite externo enmarcado espacialmente como “seguridad” y “anarquía internacional” y temporalmente como “desarrollo”; el límite interno enmarcado contundentemente como el “lugar”, y todas esas formas de diferencia que afirman la identidad soberana del “hombre racional”, una identidad que ha encontrado, desde el siglo XVII europeo, una “confortable” acogida en el gran Leviatán que continúa dominando nuestro entendimiento de lo que la democracia, de hecho la política en general, posiblemente podría ser.

Gran parte de la dificultad de pensar acerca de la democracia sin caer nuevamente en los surcos de confrontaciones ideológicas obsoletas envuelve el

grado en el cual la teoría democrática está endeudada de los distintivos argumentos modernos de la identidad individual en los sentidos tanto de autonomía como de igualdad. Alguna gente ha capturado las implicaciones de esta radical e innovadora característica del temprano pensamiento moderno pensado tan incisivamente como Thomas Hobbes. Precisamente porque él asumió que los individuos son tanto autónomos como iguales (pretensiones complementadas por la importante relación de los motivos psicológicos inherentes, un espacio competitivo limitado, y la consecuente ausencia de las obligaciones naturales entre individuos), él fue guiado a concluir que ellos serían llevados a asegurar su propia seguridad de cualquier forma posible, no importa si eso implicaba atentar contra la seguridad del otro en el proceso. Por tanto, al igual que muchos otros pensadores de la modernidad temprana fueron forzados a reconocer, si los individuos son asumidos como seres autónomos y no conectados a un mundo amplio a través de los grandes esquemas jerárquicos del feudalismo, el imperio y la metafísica escolástica, el estatus de su estar en el mundo es radicalmente problemático. Las condiciones de autonomía e igualdad, observó Hobbes, llevan a la anarquía, a una guerra de todos contra todos: no a una feliz conclusión para contemplar si la autonomía y la igualdad son tomadas en serio como las virtudes cardinales que las prácticas democráticas deben celebrar y sostener.

El intento del mismo Hobbes de resolver este dilema en el terreno de la contradicción entre libertad individual y necesidad natural rápidamente cae en el lado de la necesidad natural. De ahí la arquitectónica legitimación de la soberanía reclamada por el estado. Pero también de ahí el intento de indagar en el espacio que Hobbes dejó entre las obligaciones necesarias del estado y el igualmente necesario "derecho natural" de los individuos de asegurar su supervivencia a cualquier costo. La solución a Hobbes, que se le ocurre a Locke, meramente ofrece una línea directa de escape desde los gatos polares y zorros, hasta la mandíbula del león. En cualquier caso, él dijo que la real soberanía de los otros debe permanecer con "la gente". De ahí las interpretaciones de consentimiento, participación y representación que vienen a articularse como el camino de detener, y también reconciliar, los reclamos de los supuestos individuos autónomos con los reclamos de la obligación con un colectivo mayor, la comunidad de ciudadanos, la gente, la nación, el estado.

No es lo menos difícil juzgar si éstos intentos han sido exitosos, sin embargo, es que éstos tienden a huir del contundente radicalismo del punto de partida de Hobbes. Es decir, ellos intentan privilegiar las demandas de autonomía sobre aquellas de igualdad. Más aún, justo como los reclamos de autonomía individual han tenido que ser reconciliados con las demandas de participación en una comunidad política más amplia, y especialmente con los reclamos de autoridad soberana del estado, dichos reclamos por la igualdad han tenido que ser reconciliados con la dinámica de un modo de producción capitalista específico. Es en este contexto, por supuesto, que Locke se convirtió en sinónimo de importancia tanto del tomar en cuenta del consentimiento popular, como de la brutal y elegante legitimación de desigualdad conocida como la teoría del valor del trabajo. Donde somos llevados

no a las antinomias del individuo y el estado, sino a los problemas de los reclamos reconciliadores de la autonomía individual con las consecuencias concretas de una economía política capitalista. Para algunos, la reconciliación ya está efectuada por la magia del mercado, el juego de intereses plurales, la transformación de las pasiones autónomas en un bien común racional. Para otros, dicha reconciliación es imposible dada la magnitud en la que la teoría del valor-trabajo tanto explica como legitima los procesos de acumulación del capital. Donde un Hobbes anuncia la vida política moderna como una condición universal para individuos iguales, un Marx está dispuesto a diseccionar sus funcionamientos internos como un proceso de aislamiento, comercialización y conflicto de clase: un proceso que es solamente obscurecido por los reclamos universalistas de la razón burguesa en general, y por las antinomias de la democracia liberal en particular.

Divididas entre las competitivas demandas del capital y el estado, las teorías de la democracia permanecen preocupadas con los intentos, tanto de estabilizar como de trascender, las contradicciones que ya han sido articuladas con considerable claridad en los siglos XVII y XVIII. Para todo el sentido contemporáneo de novedad y avance histórico, quizás la más reciente y atrayente tendencia ha sido la magnitud en la cual las esperanzas de trascendencia han sido gradualmente abandonadas en favor de aquellas que buscan la estabilización. Es en este contexto donde es posible entender bastante del carácter general de muchas de las luchas democráticas recientes. Es también en este contexto donde es posible entender la disolución gradual de la mayor oposición entre las formas representativas y participativas de la democracia, una oposición que en cambio ha sido incorporada dentro de la –incluso más amplia, pero quizás ahora más complicada–, oposición entre liberalismo y socialismo.

En cambio, otros tres temas han pasado al primer plano: la declaración de la democracia como un doble proceso que envuelve tanto al estado como a la sociedad civil⁷; el llamado por una mayor atención a la sistematización de los procesos institucionales⁸; y una petición por algo que va bajo el nombre de democracia radical⁹. Mientras que las primeras dos de esas son quizás suficientemente fáciles de entender y apoyar, precisamente lo que significa hacer el llamado por alguna otra forma –radical– de democracia continúa siendo problemáticamente incierto.

La distinción entre estado y sociedad civil ha sido sujeta de todas las habituales estrategias de privilegiar que se han vuelto familiares desde las luchas ideológicas del siglo pasado: maximizar el estado o maximizar el mercado. Más

⁷ KEANE, John Keane, *Democracy and Civil Society*, Londres, Verso, 1988; KEANE, John (ed.), *Civil Society and the State*, Londres, Verso, 1988; KEANE, John, *Public Life and Late Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984; HELD, David, *Political Theory and the Modern State*, Cambridge, Polity Press, 1989; y HELD, David, *Models of Democracy*, Cambridge, Polity Press, 1987.

⁸ BOBBIO, Norberto, *Democracy and Dictatorship*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989. Traducido por Peter Kennealy.

⁹ LACLAU, Ernesto y CHANTAL Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 1985.

recientemente la necesidad de procesos para democratizar tanto el estado como la sociedad civil se ha convertido en un tema dominante en muchas partes del mundo, especialmente en el este y centro de Europa y en América Latina. La atención ha sido centrada especialmente en la necesidad de asegurar la autonomía de los procesos democráticos dentro de la sociedad civil ante la interferencia del estado; en la reconstrucción de la sociedad civil para mitigar las peores consecuencias de la desigualdad social y económica (como por ejemplo con esquemas para la democracia económica en los centros de trabajo); y en la reconstrucción del poder del estado para maximizar la rendición de cuentas de los oficiales representativos. Similarmente, esfuerzos concertados están siendo realizados en muchos lugares y desde distintas perspectivas ideológicas para recobrar lo que usualmente ha sido construido como versiones específicamente liberales o burguesas de las instituciones representativas. De hecho, parte del extendido atractivo de la democracia, podría decirse, radica en el hecho de que expresa mucho del residuo más atractivo dejado por el escepticismo en torno al liberalismo y al socialismo, como éstos han sido entendidos la mayor parte de este siglo.

Existen pocas dudas de que esta seguridad recientemente encontrada en el valor del estado y de la sociedad civil jugará un papel importante en las luchas democráticas que se avecinan en el tiempo próximo. Pero esta es una seguridad que urge unas cuantas preguntas difíciles, preguntas que han sido sencillamente ignoradas por la mayoría de aquellos que están satisfechos de entender la democracia dentro de las categorías establecidas, y no tratadas lo suficientemente en serio por la mayoría de aquellos que entienden –en mi opinión correctamente– que las condiciones contemporáneas hacen un llamado por un replanteamiento radical de en lo que debe consistir la democracia¹⁰. Más crucialmente, la distinción entre estado y sociedad civil fue elaborada bastante tarde en el desarrollo de las formas europeas de vida política y depende de la afirmación previa de una relación específica entre identidad política y comunidad. Los intentos de trazar las teorías de la democracia hacia atrás, hacia un pasado remoto pueden resultar alterados por anacronismos. Pero es cierto que es necesario enfocarnos en esos intentos de la modernidad temprana de construir una explicación de vida política en un mundo de autonomías y separaciones fuera de las ruinas de un mundo de jerarquías y continuidades, como el contexto en el cual se convirtió posible encarar las formas modernas de democracia en absoluto.

Ahí hay cierta ironía en el sentido en el que se está pidiendo ahora que la democracia resuelva todas las contradicciones a pesar del hecho de que los conceptos contemporáneos de democracia expresan las contradicciones históricas específicas –aquellas tomadas por los teóricos políticos de comienzos de la Europa moderna– que son cada vez más resueltos en otras formas (¿posindustrial? ¿capitalista-global? ¿posmoderna?). Incluso si es excepcionalmente difícil decir lo

¹⁰ Ver, por ejemplo, los comentarios sobre la relación entre democracia y los ideales socialistas de la comunidad auto-gobernada por HINDES, Barry, "Imaginary Presuppositions of Democracy" en *Economy and Society*, vol. 20, n.º. 2, 1991, ps. 173-195.

que estas otras resoluciones pueden ser, está suficientemente claro que, en afirmar una versión específicamente moderna de comunidad política, las aspiraciones de democracia se lanzan dentro del concepto establecido de estado, la sociedad civil y las instituciones representativas también afirman una versión específica de los límites de la democracia. Es en este punto que enfrentamos esa rara y antipática confrontación entre democracia y desarrollo, y esa enteramente nebulosa confrontación entre democracia y política mundial.

Consideremos a Hobbes nuevamente. Dado su actual reputación como una de las grandes figuras en la imaginada tradición de realismo político en la teoría de las Relaciones Internacionales, es útil recordar una vez más porque él no ofreció ninguna explicación de la anarquía internacional que es tan frecuentemente invocada en su nombre. La condición de una guerra de todos contra todos es una situación que Hobbes pensó que podría suceder, lógicamente, desde sus presunciones acerca de la autonomía y la igualdad de los individuos atomizados. El estado de guerra entre estados, sin embargo, se representa en formas muy diferentes: como conflictiva, sí, pero también como condición de desigualdad y hegemonía, una condición, más aún, que él pensó que incluso podría llevar al mayor beneficio de los estados y no a un repentino y violento final. Lo crucial en la formulación de Hobbes no es la representación de una anarquía internacional, sino la fuerte distinción que ha venido delineándose en relación a la *polis* y la ciudad-estado renacentista: la distinción entre una auténtica comunidad política dentro y la ausencia de una comunidad entre los estados. Dentro, el problema radica en la posibilidad de moverse de la anarquía a la comunidad en un momento de contrato. Sin ella, ni el problema ni la solución es de importancia alguna. En este contexto, por tanto, Hobbes se vuelve especialmente interesante como parte de un intento amplio de reconciliar los reclamos de la comunidad política con los reclamos de una humanidad concebida más ampliamente. Con Hobbes, la reconciliación es desarrollada internamente. La esperanza de que pudiera desarrollarse externamente es bastante abandonada a los filósofos de la moral, a todos aquellos que hablarían la verdad de la integridad universal de la humanidad para las políticas fracturadas de ciudadanos y estados.

En efecto, la legitimidad del estado moderno depende en la instancia final sobre el reclamo que ésta, y sólo ésta sola, es capaz de permitir a los ciudadanos de estados particulares participar en la amplia humanidad, sin importar si esta participación es entendida como un producto de una mera prudencia utilitaria o de algún principio ético o comunitario más elevado. La historia convencional del pensamiento político occidental puede ser narrada como una historia de las diferentes maneras en que esta participación ha sido construida: una historia en donde la razón, la historia, la propiedad, la nación y no por último, la democracia, se presentan como principales héroes. En contraste, la teoría convencional de las Relaciones Internacionales es contada como una historia de tragedia y poder político, como una historia que delimita los mismos límites precisos desde donde los reclamos de ciudadanía pueden ser reconciliados con los reclamos de la humanidad.

El estado en sí puede ser entendido como un lugar de perfecta y potencial racionalidad, pero como Hegel o Rousseau a veces sugerían muy claramente, tal concepto de universalidad dentro de una comunidad política particular implica la aceptación de la necesidad de violencia y guerra entre comunidades particulares luchando por sobrevivir en un sistema de estados que es simultáneamente universal y particularista.

Esta doble lectura de los cánones del pensamiento político occidental es en sí misma una de las características más interesantes del discurso político contemporáneo. Es una característica que notablemente ha generado poca atención. Aún la construcción de cada parte del canon depende en algún reconocimiento tácito del otro. Con demasiada frecuencia toma la forma de silencio o caricatura. El silencio es especialmente característico de muchas teorías políticas, aunque muchas veces sea interrumpido por los fuertes reclamos que trabajan en los principios de conducta pública en relación a las comunidades dentro de los estados, que pueden transferir al amplio mundo más allá. Esta caricatura es más específica de las teorías de las Relaciones Internacionales y es especialmente visible en las demandas de una tradición de realismo político y representación del estado como notable superficie monótona.

Cualquier lectura más útil de este doble canon debe comenzar por reconocer la complementariedad constitutiva mutua de esas rendiciones internas y externas del estado moderno. La “anarquía” de las Relaciones Internacionales debe entonces ser leída como una condición tácita que hace posible todos los reclamos de universalidad dentro de los estados. La violencia permite paz fuera y justicia dentro. De ahí el mismo carácter especial de la “política de defensa” o “seguridad nacional” como algo que va más allá de los límites de la política normalmente entendida. Las políticas de defensa son usualmente entendidas en relación a la protección de las fronteras de un ataque extranjero. Es al menos importante entender esto como una práctica que pretende inscribir las fronteras de las políticas “normales”, un patrullaje de las fronteras en casa, un disciplinamiento de las demandas para la autoridad soberana, y a la identidad nacional dentro de ésta¹¹. Especialmente a partir de ahí, los puntos en los cuales las limitaciones sobre la democracia son aplicadas más fácilmente: la invocación de peligrosos infieles; la estipulación de secretos oficiales; el delineamiento entre lealtad y traición, ciudadano y extranjero, el propiamente racional o miembro productivo de la comunidad y aquellos entendidos como incapaces por edad, género, raza, credo o salud mental.

En cambio, el reclamo de universalidad dentro de los estados se convierte en el terreno en contra del cual una tradición de teoría de Relaciones Internacionales

¹¹ MANGARO, Marc (ed.), *Modernist Anthropology: From Fieldwork to Text*, Princeton, Princeton University Press, 1990; CLIFFORD, James, *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, and Art*, Berkeley, University of California Press, 1986; FISHER, Michael y MARCUS, George E. (eds.), *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.

puede ser construida a través de un discurso de negación. En contra del orden, anarquía; en contra de la paz, guerra; en contra de la justicia y la autoridad legítima, el poder y las reglas de comportamiento; en contra del progreso y la emancipación, mera contingencia y eterno retorno. La única alternativa a la negación, por supuesto, ha resultado ser una afirmación de la esperanza de que algún día, de alguna manera, todo esto que es presumido dentro pueda extenderse fuera –una esperanza que es constantemente aplazada, y que de hecho, puede ser especificada solamente como una condición de su propia imposibilidad en cualquier otra cosa que no sea el espacio atado del estado soberano.

A partir de esto, no es tan difícil entender el deslizamiento desde el límite construido espacialmente como “anarquía internacional”, y “el enemigo” como un Otro absoluto, al límite construido temporalmente como el “primitivo”, el “oriental”, el “Tercer Mundo”, y el “subdesarrollado”. En este sentido, las disciplinas académicas modernas de las Relaciones Internacionales y la Antropología pueden entenderse como las guardianas gemelas –espacial y temporalmente desplegadas– de la frontera discursiva entre lo “normal” y lo “patológico”: la comunidad auténtica en donde la democracia puede ser posible y el mundo de extraños y peligros al margen¹².

La denigración de la otredad también tiene una dimensión interna al privilegiar el estado como la voz auténtica de la razón y la eficiencia a través de la cual el “local” puede ser absuelto de su responsabilidad y poder. En una curiosa, pero incluso en una inversión abandonada mucho más curiosa, la historia de las prácticas democráticas ha envuelto la celebración de la participación desde las bases –tanto como la celebración de la aspiración universal– y la erosión efectiva de lo local como un lugar donde las políticas serias pueden suceder¹³. Consecuentemente, en todos los grandes debates acerca de la representación y participación, o acerca de la libertad e igualdad, la atención ha sido enfocada en esas dos soberanías abstractas del mundo moderno: el estado y el individuo. El carácter de la comunidad en la que la gente vive, trabaja, ama y juegan juntas ha parecido poco problemático y poco interesante, de importancia periférica a los asuntos serios del capital y del estado. El comprometerse con lo local es ser desviado a lo trivial; el aspirar a algo grande y a una concepción más universal de la humanidad, es retirarse en la neblina de la utopía. No es posible ser “realista” o “práctico” o “relevante” en tales lugares. Por supuesto, no deberíamos tampoco pensar seriamente acerca de construir una democracia significativa en esos lugares tampoco.

¹² CAMPBELL, David, “Global Inscription: How Foreign Policy Constitutes the United States” en *Alternatives*, vol. 15, n.º. 3, 1990, ps. 263-286; DILLON, Michael G., *Security and Modernity*; KLEIN, Bradley, “How the West was One: The Representational Politics on NATO” en ASHLEY Richard K. y WALKER, R.B.J.(eds.), “Speaking the Language of Exile” en *International Studies Quarterly*, vol. 34, n.º. 1990, ps. 311-325; MANICAS, Peter T., *War and Democracy*, Oxford, Basil Blackwell, 1989.

¹³ MAGNUSON, Warren, “The Reification of Political Community” en MENDLOVITZ, Saul H. y WALKER, R.B.J. (eds.), *Contending Sovereignties: Rethinking Political Community*, Boulder, Lynne Rienner, 1990.

Y MAGNUSON, Warren, “Bourgeois Theories of Local Government” en *Political Studies*, vol. 34, n.º, 1, 1986, ps. 1-18.

Todo lo cual es comprometerse en una lectura cuidadosa de lo que, en el reciente debate acerca de la democracia, ha tendido a emerger como una celebración. Afirmar la explicación estadista de la comunidad política a la que se le dio esa fuerte articulación en la Europa de la modernidad temprana, y la cual persiste en las divisiones y rituales discursivos de las disciplinas académicas contemporáneas, es anticiparnos en el cumplimiento de las promesas estadistas a través de los mecanismos de la lucha democrática. En sus más recientes manifestaciones, ésta afirmación ha permitido renovar las esperanzas por la democratización simultánea de tanto el estado como la sociedad civil. Pero también juega, más bien fuertemente, sobre una versión de democracia que parece especialmente problemática bajo las condiciones contemporáneas. ¿Qué puede decirnos esta versión sobre la democracia en relación a la "política mundial" o al "desarrollo" o sobre la importancia de lo "local"? Las respuestas más sencillas a estas preguntas siguen informadas por la fría mirada del escepticismo, y es muy difícil ver cómo cualesquiera otras respuestas pueden ser concebidas.

Afirmando y retando la soberanía del estado

El carácter problemático de los entendimientos contemporáneos de la democracia, por tanto, puede ser situado en relación con versiones anteriores de la naturaleza y localización de la comunidad política. Los límites dentro de los cuales las versiones de las posibilidades democráticas son constreñidas son los límites de comunidades particulares. Las contradicciones características entre representación y participación o libertad e igualdad han sido articuladas para la mayor parte como si fuera suficiente con simplemente asumir las comunidades autónomas definidas espacialmente, y por tanto olvidándose del espacio amplio en el cual las comunidades que se creen moralmente mejores se encuentran así mismas co-existiendo difícilmente con otras comunidades que también se creen moralmente mejores. Es por esto que el pensamiento contemporáneo de la democracia no puede ir más allá del intento de sostener o revitalizar las prácticas que han sido asociadas con al menos algunos estados por un periodo significativo sin enfrentarse con los límites del entendimiento histórico específico de la comunidad política bajo las condiciones históricas presentes.¹⁴ Si la democracia es entendida como algo que tiene que ver con la "gente", y mucho menos con las condiciones bajo las cuales la gente podría ser capaz de ejercer algún control sobre sus propias vidas, entonces es necesario preguntar qué ha venido a significar el concepto de la "gente" en la práctica, y qué podría posiblemente significar en el futuro.¹⁵ Es por esto que repensar el significado de la democracia no puede ser separado del replanteamiento fundamental del principio de soberanía del estado como práctica clave a través de la cual una

¹⁴ Lo que es ciertamente sustento y revitalización es poco importante. Para un esclarecedor intento de pensar en la implicaciones de dicho proyecto en el contexto de los procesos globales contemporáneos ver HELD, David, "Democracy, the Nation-State and the Global System" en HELD, David (ed.), *Political Theory Today*, Cambridge, Polity, 1990, ps. 214-242.

¹⁵ Esto es, por supuesto, un problema abiertamente conocido: ver, por ejemplo, DUNN, John, "Reconceiving the Content and Character of Modern Political Community" capítulo 12 en su *Interpreting Political Responsibility*, Cambridge, Polity, 1990; y LINKLATER, Andrew, "The Problem of Community in International Relations" en *Alternatives*, vol. 15, nº. 2, 1990, ps. 133-154.

cosificación específicamente moderna de las relaciones espacio-temporales afirma una respuesta específicamente moderna a todas las preguntas acerca de quiénes posiblemente podemos ser.

El principio de soberanía del estado es menos un reclamo legal abstracto que una práctica política excepcionalmente densa. Como respuesta al problema de las autonomías proliferadas en un mundo de jerarquías disipadas, esto articula una versión específicamente moderna del espacio político y lo hace a través de la resolución de tres contradicciones fundamentales. Esto resuelve, en resumen, la relación entre unidad y diversidad, entre lo interno y lo externo, y entre el espacio y el tiempo. Hace esto delineando sobre las prácticas filosóficas, teológicas y culturales de una civilización históricamente específica guiada por la necesidad de realizar, y también controlar, esos momentos de autonomía que emergen en las transiciones complejas de la Europa de la modernidad temprana.

Como respuesta a las preguntas acerca de si “nosotros” somos ciudadanos, humanos, o de alguna forma ambos, la soberanía del estado afirma que tenemos nuestra primordial –a menudo predominante– identidad política como participantes en una comunidad particular, pero que retenemos una conexión potencial con la “humanidad” a través de la participación en un sistema internacional más amplio: ya que somos los pueblos de las Naciones Unidas. Como ciudadanos, debemos aspirar a valores universales, pero solamente sobre la condición de que tácitamente asumimos que el mundo allá fuera es, de hecho, un espacio de estados particulares, de otras comunidades que aspiran cada una a alguna noción de bondad, verdad y belleza. La dificultad crucial, obviamente suficiente, tiene que ver con en qué medida estas nociones son diferentes (en cuyo caso tendremos un conflicto internacional o, a lo mejor, reglas pragmáticas de comportamiento), o las mismas (en cuyo caso, habría razón para ser como Kant, ligeramente optimista acerca de una paz perpetua entre los estados autónomos republicanos -o liberales o democráticos) Más aún, hasta que dicha condición sea realizada, es todavía posible para los ciudadanos de los estados cultivar un hogar, un espacio para la política en el cual los procesos temporales podrían descubrir, como deban, cuál de los encantos cosmopolitas de la democracia puede ser mostrado como ambición, logro, retórica y, a veces, como problemático.

Las resoluciones expresadas por el principio de soberanía del estado han probado ser increíblemente duraderas. Sin embargo, se está volviendo más y más difícil reclamar que éstas ofrecen un retrato convincente de las condiciones que ahora fuerzan a la gente a tratar de reconstruir el/los mundo/s en el/los cual/es viven (y no debería ir sin decir: bajo las condiciones que ellos preferirían escoger por ellos mismos).

Con frecuencia se observa que los estados no han desaparecido. Tampoco han perdido su capacidad de desplegar violencia en un nivel alarmante. Sin embargo, esto dice muy poco acerca de la continua capacidad de los estados de resolver las

contradicciones entre ciudadanía y humanidad a través de los reclamos de autoridad absoluta. Tanto si examinamos la proliferación de las identidades culturales o la reconstrucción de los instrumentos del estado en relación a los patrones globales de “interdependencia” y de internacionalización de la producción, las formas de la temprana modernidad de inclusión y exclusión, autonomía y obligación, o autoridad y participación, tienen un sentimiento distintivamente poco convincente.

Ciertamente el capitalismo tampoco ha desaparecido. Para cambiar el énfasis en una de las formulaciones de Dunn¹⁶, la universalidad política del proletariado de Marx puede no haber sido bien empleada, pero su universalidad analítica, su insistencia de que los procesos capitalistas sociales, económicos y políticos reconstruirían la vida humana en todas las partes del mundo, sigue siendo tan incisivo como siempre. Los problemas de desigualdad, consecuentemente, permanecen con nosotros también y tienen que ser tratados en relación a los procesos globales que de todos modos parecen eludir, incluso –o quizás especialmente– a las categorías de análisis más holísticas y totalizadoras. Dado que la mayoría de las teorías de la democracia en efecto han intentado responder a los problemas de desigualdad a través de la mediación del estado, el significado de la democracia en relación a las rearticulaciones emergentes del capital global parece especialmente obscuro.

Contrario a esos que insisten que un estado es un estado o que es todavía posible responder efectivamente al capital a través de la mediación del estado (benefactor, nacionalista, revolucionario), la forma más interesante de análisis contemporáneo comienza con la observación de que tanto los estados como el capital participan en procesos espacio-temporales que están radicalmente en desacuerdo con las resoluciones expresadas por el principio de soberanía del estado. Las políticas de defensa pueden aún enfocarse en las fronteras geopolíticas, pero las estrategias militares contemporáneas son ahora caracterizadas por una preocupación por lograr respuestas a tiempo, en vez de de la logística de extender los espacios territoriales. Los discursos sobre la economía política están preocupados con el aumento de la movilidad del capital en relación a los territorios restringidos de los gobiernos y el trabajo. Dice Frederic Jameson que el capitalismo tardío está caracterizado por una cultura de posmodernidad. Según Paul Virilio, vivimos en un mundo de velocidad. Todo lo que es sólido se convierte en aire, dijo Marx: pero las aceleraciones contemporáneas y las disoluciones parecen eludir las categorías de incluso aquellos que han sido más sensibles al dinamismo temporal de la modernidad. Ya no es una simple cuestión de saber *dónde* uno está políticamente. Distinciones simples entre dentro y fuera pueden todavía proveernos una base para la retórica y el chauvinismo, sin embargo, la esperanza de que la temporalidad pueda ser domada dentro de los espacios territoriales de los estados soberanos está visiblemente desapareciendo.

Por tanto, en los mismos términos amplios, el pensamiento contemporáneo sobre la democracia parece ser dirigido tanto hacia la realización y perfección

¹⁶ DUNN, John, *Western Political Theory...*, op. cit., p. 78.

de las formas de comunidad política fijados dentro de las coordenadas espacio-temporales de la soberanía del estado, pero también hacia la reconstrucción de lo que entendemos por comunidad política bajo las nuevas condiciones espacio-temporales.

En el primer caso permanecemos dentro de un distinto universo moderno. Las opciones ante nosotros son aquellas delineadas por las esperanzas kantianas de una paz universal. La contradicción de la modernidad temprana entre políticas progresivas en casa y conflicto en el exterior es traducido en la lectura Ilustrada de la *virtú* estadista conforme la ley moral universal. De aquí el significado de los intentos de desafiar el escepticismo radical, tanto de la capacidad de los estados (dejar sólo un sistema de estados), y de realizar las ambiciones universalistas de la Ilustración. Aquí, para tomar unos ejemplos importantes, uno puede evaluar la importancia de los intentos de salvar una aspiración neokantiana de un “discurso de la situación universal”, al estilo Habermas; o los intentos de salvar el humanismo de la noción del joven Marx sobre el “ser especie”, quizás como en algunas lecturas de la interdependencia global o el orden mundial; o intentos de hacer para las Relaciones Internacionales lo que los economistas políticos del pensamiento del s. XVIII hicieron para el estado de naturaleza hobbesiano al convertir las pasiones autónomas en un bienestar racional colectivo, como con la literatura reciente sobre la interdependencia colectiva y los regímenes internacionales.

A pesar de esto, en todos los casos, es todavía posible vislumbrar las memorias del *macht-staat* de Weber. En la rendición weberiana de las políticas del poder estadista, la comunidad autónoma kantiana es guiada no por la razón universal sino por la *virtú* carismática (contra-ilustrada) del político, quien conoce –incluso mejor que Maquiavelo– que la vida política y la razón universal fueron cortadas irrevocablemente por las autonomías proliferantes del mundo moderno. Lejos de ser la gran oposición entre dos escuelas de teoría de las Relaciones Internacionales, la supuesta aspiración utópica por una paz kantiana y la supuesta sumisión realista a una política del poder weberiano, son meramente el doble retoño de la modernidad; lecturas paralelas de la autonomía tanto salvadas por la razón universal como condenadas al deseo particularista.

En este contexto, el señuelo de la democracia entendido como la lucha para hacer al estado responsable y para revitalizar la esfera pública es ciertamente entendible. Y es difícil pensar cualquier sociedad en la cual la disonancia entre retórica y práctica es insuficiente para generar aprensiones serias a tal respecto. En este contexto, también es posible estar motivados no solamente por los eventos recientes en algunos lugares, pero también por el reavivamiento del interés, por decir, los procesos regularizados de responsabilidad, la extensión de la democracia al espacio de trabajo y la negación a equiparar la política con el gobierno. Por otro lado, es especialmente difícil, desde este punto de vista, ver alguna conexión clara entre las aspiraciones de democracia y las estructuras de poder global emergentes, o lo que puede llamarse –pero de manera tentativa– política mundial.

Debe ser recordado que el entendimiento de Kant de una paz universal habla a un mundo de estados. Y la consecuencia crucial que tiene que ser desmarcada del principio de soberanía del estado es que un sistema de estados, o de relaciones internacionales, no es sinónimo de política mundial. Si el encanto cosmopolita de la democracia debe ser algo más que el Esperanto moral del presente sistema de estados, entonces, las aspiraciones kantianas que ahora guían tantos intentos de mejorar las prácticas políticas pueden ser vistas tanto como una condición posible de, pero también como una fuerte limitación sobre, la imaginación política contemporánea. Las exploraciones del significado de la democracia deben llevarnos a considerar otras opciones.

Si el esquema del problema desarrollado aquí hace algún sentido, está casi claro qué debe envolver, al menos en términos generales. Esto puede significar, en primer lugar, la negativa a reificar las tres resoluciones mediante la cuáles nuestras identidades de ciudadanos y humanos son simultáneamente afirmadas y negadas. Esto puede llevar a las preguntas más fundamentales acerca de la relación entre unidad y diversidad, el yo y el otro, y el espacio y el tiempo. Esto es un tema crucial para las literaturas emergentes sobre economía política global, especialmente en relación a las formas emergentes del capital internacional y las tecnologías de las comunicaciones¹⁷; la proliferación de identidades culturales y étnicas¹⁸; las exploraciones de al menos algunos movimientos sociales¹⁹; las luchas en torno al significado contemporáneo de "seguridad"²⁰, "desarrollo"²¹, o

¹⁷ Ver, por ejemplo, LASH, Scott y URRY, John, *The End of Organized Capitalism*, Cambridge, Polity, 1987.

¹⁸ Entre la vasta literatura del tema ver, por ejemplo, NORTON, Anne, *Reflections on Political Identity*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1988; CHATTERJEE, Partha, *Nationalist Thought and the Colonial World*, Londres, Zed, 1986; SPIVAK Gayatri, *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, Londres, Methuen, 1987; SPIVAK, Gayatri, *The Post-Colonial Critic: interviews, strategies, dialogues*, en HARASYM, Sarah (ed.), Londres y Nueva York, Routledge, 1990; BHABHA, Hommi, *Nation and Narration*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990; FEATHERSTONE, Mike (ed.), *Global Culture: Nationalism, Globalism and Modernity*, Londres, Sage, 1990; CAIRNS, David y RICHARDS, Shaun, *Writing Ireland: Colonialism, Nationalism and Culture*, Manchester, Manchester University Press, 1988; SAID, Edward, *After the Last Sky: Palestinian Lives*, Nueva York, Pantheon, 1986; y ABEDI, Mehd y FISHER, Michael M.J., *Debating Muslims: Cultural Dialogues in Postmodernity and Tradition*, Madison, University of Wisconsin Press, 1990.

¹⁹ WALKER, R.B.J., *One World, Many Worlds*, Boulder, Lynne Rienner, 1988; MAGNUSSON, Warren y WALKER, R.B.J., "Decentering the State: Political Theory and Canadian Political Economy" en *Studies in Political Economy*, n.º. 26, 1988, ps. 37-71; MENDLOVITZ, Saul H. y WALKER, R.B.J. (eds.), *Towards a Just World Peace: From Social Movements*, Londres, Butterworths, 1987; MELUCCI, Alberto, *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Societies* en KEEN, John y MEIR, Paul (eds.), Filadelfia, Temple University Press, 1989; y THE LELIO BASSO FOUNDATION (ed.), *Theory and Practice of Liberation at the End of the XXth Century*, Bruselas, Bruylant, 1988.

²⁰ WALKER, R.B.J. Walker, "Security Sovereignty and the Challenge of World Politics" en *Alternatives*, vol. 15, n.º. 1, 1991, ps. 3-28; KLARE, Michael T. y THOMAS, Daniel (eds.), *World Security: Trends and Challenges at Century's End*, Nueva York, St. Martins, 1991; y FALK, Richard, *Revolutionaries and Functionaries: The Dual Face of Terrorism*, Nueva York, E. P. Dutton, 1988.

²¹ KOTHARI, Rajni, *Rethinking Development: In Search of Humane Alternatives*, Delhi, Ajanta Books, 1989; KOTHARY, Rajni, *State Against Democracy: In Search of Humane Governance*, Delhi, Ajanta Publications, 1989; KOTHARY, Rajni, *Transformation and Survival: In Search of Humane World Order*, Delhi, Ajanta Publications, 1989; HETTE, Bjorne, *Development Theory and the Three Worlds*, Londres, Longman, 1990; KRUIJER, Gerald J., *Development Through Liberation: Third World Problems and Solutions*, Londres, Macmillan, 1987.

género²²; la revalorización de tanto lo “local” como de lo “global” como lugares/ movimientos de simultaneidad, en lugar de como sinónimos de “parroquialismos” y “cosmopolitanismos”²³; y los intentos de reconstruir las concepciones modernas, digamos, de la “libertad”²⁴, o “tolerancia”²⁵. También es la razón de que muchas de las corrientes que han llegado a ser conocidas bajo las etiquetas de lo posmoderno y lo posestructural, han sido capaces de resonar fácilmente con intentos de especificar qué podría significar ahora hablar sobre “democracia radical”²⁶. Pero la clave resonante aquí es menos la crítica de la gran narrativa como tal, o de la celebración de indeterminación, que el escepticismo radical hacia esas resoluciones de identidad y diferencia, las cuales, como lo expresado por el principio de soberanía del estado, se han convertido en el contexto primario en el cual se ha hecho posible hablar de democracia.

El dicotomizar tan bruscamente entre las versiones de la democracia que afirman y retan las resoluciones de la soberanía del estado es necesariamente sobre simplificarlas. La mayoría de versiones de democracia intentan tomar en cuenta algo de las cambiantes condiciones estructurales. Más aún, la diversidad de escenarios en donde ocurren las luchas específicas por la democracia es casi suficiente para desarmar el análisis entero. No obstante, esta formulación enfoca su atención sobre dos piezas finales, una puesta en lo temporal y otra puesta en lo espacial.

²² BUTLER, Judith, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York y Londres, Routledge, 1990; COCKS, Joan, *The Oppositional Imagination: Feminism, Critique and Political Theory*, Londres, Routledge, 1989; NICHOLSON, Linda J. (ed.), *Feminism/Postmodernism*, Nueva York, Routledge, 1990; DIAMOND, Irene y QUIMBY, Lee (eds.), *Feminism and Foucault: Reflection on Resistance*, Boston, Northeastern University Press, 1988; WEEDON, Chris, *Feminist Practice and Poststructuralist Theory*, Oxford, Basil Blackwell, 1987; y FOX KELLER, Evelyn y HIRSH, Marianne (eds.), *Conflicts in Feminism*, Nueva York y Londres, Routledge, 1988.

²³ SHAPIRO, Michael y NEAUBAUER, Deanne, “Spatiality and Policy Discourse: Reading the Global City” en

^MENDLOVITZ, Saul H. y WALKER, R.B.J. (eds.), *Contending Sovereignties: Rethinking...*, op.cit., ps. 97-124. Ver también a DE CERTEAU, Michael, *The Practices of Everyday Life*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1984, traducido por Steven Rendall; y FOUCAULT, Michel, *Politics, Philosophy, Culture: Interviews and Other Writings, 1977-1984*, KRITZMAN, Lawrence D. (ed.), Nueva York y Londres, Routledge, 1988.

²⁴ BAUMAN, Zygmunt, *Freedom*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988; DALLMAY, Fred R., *Twilight of Subjectivity: Contributions to a Post-Individualist Theory of Subjectivity*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1981; CADAVA, Eduardo, CONNOR, Peter y NANCY, Jean-Luc (eds.), *Who Comes After the Subject?*, Londres, Routledge, 1991.

²⁵ NANDY, Ashis, “The Politics of Secularism and the Recovery of Religious Tolerance” en MENDLOVITZ, Saul H. y WALKER, R.B.J. (eds.), *Contending Sovereignties: Rethinking...*, op.cit., ps. 125-144; McCLURE, Kristie M., “Difference, Diversity, and the Limits of Toleration”, *Political Theory*, vol. 18, n.º. 3, 1990, ps. 361-391.

²⁶ A pesar de que es más usual la resonancia de la aspiración. Para un amplio rango de perspectivas ver, por ejemplo, LACLAU, Ernesto y CHANTAL Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 1985; HUTCHEON, Linda, *The Politics of Postmodernism*, Londres, Routledge, 1989; LEFORT, Claude, *Democracy and Political Theory*, Cambridge, Polity Press, 1988; CONNOLLY, William, *Politics and Ambiguity*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987; CONNOLLY, William, *Political Theory and Modernity*, Oxford, Basil Blackwell, 1988; CONNOLLY, William, *Identity/Difference: Democratic Negotiations of Political Paradox*, Ithaca, Cornell University Press, 1991; WICKHAM, Gary, “The Political Possibilities of Posmodernism” en *Economy and Society*, vol. 19, n.º. 1, 1990, ps. 121-49; RYAN, Michael, *Marxism and Deconstruction: A Critical Deconstruction*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1982; ROSS, Andrew, (ed.), *Universal Abandon: The Politics of Postmodernism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988; BOYNE, Roy y RATTANSI, Ali (eds.), *Postmodernism and Society*, Londres, Macmillan, 1990; y DALLMAR, Fred, *Margins of Political Discourse*, Albany, State University of New York Press, 1989.

Temporalmente, debemos preguntar si esta dicotomización afirma una filosofía clara de la historia, un movimiento de lo moderno a lo postmoderno, por ejemplo, o de relaciones en el sistema de estados a alguna forma auténtica de política mundial. Mi sensación es que no lo hace, y que las versiones más interesantes de prácticas democráticas son aquellas que han aprendido a negar la opción modernista entre evolución y revolución, inmanencia y trascendencia, la rendición de la lucha política como la preservación o transformación de todo eso que es.

Espacialmente, debemos preguntarnos si esta dicotomía podría ser articulada como una opción entre centro y periferia, el incluido y el excluido, las políticas serias de los estados modernos y del capital global y las políticas marginales del débil y oprimido. Esto me parece una cuestión mucho más difícil y más importante. El derrocamiento de los regímenes autoritarios y de las burocracias de mano dura no dicen mucho acerca de esto. Si las resoluciones modernistas y estadistas de las relaciones entre ciudadanía y humanidad parecen cada vez más inapropiadas, ciertamente es porque es bastante fácil imaginar posibilidades peores. Las celebraciones de la democracia pueden haber tratado de afinar el problema de la desigualdad por largo tiempo, pero ninguna forma seria de democracia puede ahora evitar enfrentarse con la reconstrucción de las disparidades y la exclusión en la escala global.

No obstante, incluso continuar planteando preguntas sobre la base de una dicotomización de las modalidades espaciales y temporales es, por supuesto, trabajar precisamente dentro de esas asunciones que están cómodamente enraizadas en los reclamos de la modernidad. Es aquí donde los silencios del discurso político moderno se vuelven radicalmente problemáticos. Cualquier forma de democracia que busca tratar seriamente estos problemas resulta ser una red de posibilidades a penas teorizadas y de luchas tentativas, difícilmente el material de los movimientos de masas y titulares estorninos. Sin embargo, no toma demasiado coraje el predecir que las luchas democráticas que no responden a las rearticulaciones fundamentales de las relaciones espacio-temporales, rearticulaciones ahora más marcadas por las aceleraciones y simultaneidades que por las reificaciones y separaciones, pueden sólo llegar a ser una proporción creciente de falta de logros.

* Traductoras: **Iliaris AVILÉS**, Tiene un grado en Filosofía por la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez. Es estudiante del Máster en Pensamiento español e iberoamericano en la UAM.

Melody FONSECA, es miembro del comité de traducción de Relaciones Internacionales.

Bibliografía

- ABEDI, Mehdi y FISHER, Michael M.J., *Debating Muslims: Cultural Dialogues in Postmodernity and Tradition*, Madison, University of Wisconsin Press, 1990.
- BAUMAN, Zygmunt, *Freedom*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988.
- BHABHA, Hommi, *Nation and Narration*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990.
- BOBBIO, Norberto, *Democracy and Dictatorship*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989. Traducido por Peter Kennealy.
- BOYNE, Roy y RATTANSI, Ali (eds.), *Postmodernism and Society*, Londres, Macmillan, 1990.
- BUTLER, Judith, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York y Londres, Routledge, 1990.
- CADAVA, Eduardo, CONNOR, Peter y NANCY, Jean-Luc (eds.), *Who Comes After the Subject?*, Londres, Routledge, 1991.
- CAIRNS, David y RICHARDS, Shaun, *Writing Ireland: Colonialism, Nationalism and Culture*, Manchester, Manchester University Press, 1988.
- CAMPBELL, David, "Global Inscription: How Foreign Policy Constitutes the United States" en *Alternatives*, vol. 15, nº. 3, 1990, ps. 263-286.
- CHATTERJEE, Partha, *Nationalist Thought and the Colonial World*, Londres, Zed, 1986.
- CLIFFORD, James, *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, and Art*, Berkeley, University of California Press, 1986.
- COCKS, Joan, *The Oppositional Imagination: Feminism, Critique and Political Theory*, Londres, Routledge, 1989.
- CONNOLLY, William, *Politics and Ambiguity*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987.
- CONNOLLY, William, *Political Theory and Modernity*, Oxford, Basil Blackwell, 1988.
- CONNOLLY, William, *Identity/Difference: Democratic Negotiations of Political Paradox*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.
- DALLMAY, Fred R., *Twilight of Subjectivity: Contributions to a Post-Individualist Theory of Subjectivity*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1981.
- DALLMAY, Fred R., *Margins of Political Discourse*, Albany, State University of New York Press, 1989.
- DE CERTEAU, Michael, *The Practices of Everyday Life*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1984 Traducido por Steven Rendall.
- DIAMOND, Irene y QUIMBY, Lee (eds.), *Feminism and Foucault: Reflection on Resistance*, Boston, Northeastern University Press, 1988.
- DUNN, John, *Western Political Theory in the Face of the Future*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
- DUNN, John, "Reconceiving the Content and Character of Modern Political Community", en DUNN, John, *Interpreting Political Responsibility*, Cambridge, Polity, 1990.
- EATHERSTONE, Mike (ed.), *Global Culture: Nationalism, Globalism and Modernity*, Londres, Sage, 1990.
- FALK, Richard, *Revolutionaries and Functionaries: The Dual Face of Terrorism*, Nueva York, E. P. Dutton, 1988.
- FISHER, Michael y MARCUS, George E. (eds.), *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.
- FOUCAULT, Michel, *Politics, Philosophy, Culture: Interviews and Other Writings, 1977-1984*, KRITZMAN, Lawrence D. (ed.), Nueva York y Londres, Routledge, 1988.
- FOX KELLER, Evelyn y HIRSH, Marianne (eds.), *Conflicts in Feminism*, Nueva York y Londres, Routledge, 1988.
- HELD, David, *Models of Democracy*, Cambridge, Polity Press, 1987.
- HELD, David, *Political Theory and the Modern State*, Cambridge, Polity Press, 1989.
- HELD, David, "Democracy, the Nation-State and the Global System", en HELD, David (ed.),

Political Theory Today, Cambridge, Polity, 1990.

HETTE, Bjorne, *Development Theory and the Three Worlds*, Londres, Longman, 1990.

HINDESS, Barry, "Imaginary Presuppositions of Democracy" en *Economy and Society*, vol. 20, nº. 2, 1991, ps. 173-195.

HUTCHEON, Linda, *The Politics of Postmodernism*, Londres, Routledge, 1989.

KEANE, John, *Public Life and Late Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

KEANE, John, *Democracy and Civil Society*, Londres, Verso, 1988.

KEANE, John (ed.), *Civil Society and the State*, Londres, Verso, 1988.

KLARE, Michael T. y THOMAS, Daniel (eds.), *World Security: Trends and Challenges at Century's End*, Nueva York, St. Martins, 1991.

KLEIN, Bradley, "How the West was One: The Representational Politics on NATO" en ASHLEY Richard K. y WALKER, R.B.J.(eds.), "Speaking the Language of Exile" en *International Studies Quarterly*, vol. 34, nº. 1990, ps. 311-325.

KOTHARI, Rajni, *Rethinking Development: In Search of Humane Alternatives*, Delhi, Ajanta Books, 1989.

KOTHARY, Rajni, *State against Democracy: In Search of Humane Governance*, Delhi, Ajanta Publications, 1989.

KOTHARY, Rajni, *Transformation and Survival: In Search of Humane World Order*, Delhi, Ajanta Publications, 1989.

KRUIJER, Gerald J., *Development through Liberation: Third World Problems and Solutions*, Londres, Macmillan, 1987.

LACLAU, Ernesto y CHANTAL Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 1985.

LASH, Scott Lash y URRY, John, *The End of Organized Capitalism*, Cambridge, Polity, 1987.

LEFORT, Claude, *Democracy and Political Theory*, Cambridge, Polity Press, 1988.

LINKLATER, Andrew, "The Problem of Community in International Relations" en *Alternatives*, vol. 15, nº. 2, 1990, ps. 133-54.

MACPHERSON, Crawford B., *Democratic Theory: Essays in Retrieval*, Oxford, Clarendon Press, 1973.

MAGNUSON, Warren, "Bourgeois Theories of Local Government" en *Political Studies*, vol. 34, nº. 1, 1986, ps. 1-18.

MAGNUSON, Warren y WALKER, R.B.J., "Decentering the State: Political Theory and Canadian Political Economy" en *Studies in Political Economy*, nº. 26, 1988, ps. 37-71.

MAGNUSON, Warren, "The Reification of Political Community", en MENDLOVITZ, Saul H. y WALKER, R.B.J. (eds.), *Contending Sovereignties: Rethinking Political Community*, Boulder, Lynne Rienner, 1990, ps. 45-60.

MANGARO, Marc (ed.), *Modernist Anthropology: From Fieldwork to Text*, Princeton, Princeton University Press, 1990.

MANICAS, Peter T., *War and Democracy*, Oxford, Basil Blackwell, 1989.

McCLURE, Kristie M., "Difference, Diversity, and the Limits of Toleration", *Political Theory*, Vol. 18, nº. 3, 1990, ps. 361-391.

MELUCCI, Alberto, *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Societies*, en KEEN, John y MEIR, Paul (eds.), Filadelfia, Temple University Press, 1989.

MENDLOVITZ, Saul H. y WALKER, R.B.J. (eds.), *Towards a Just World Peace: From Social Movements*, Londres, Butterworths, 1987.

MENDLOVITZ, Saul H. y WALKER, R.B.J. (eds.), *Contending Sovereignties: Rethinking Political Community*, Boulder, Lynne Rienner, 1990.

NICHOLSON, Linda J. (ed.), *Feminism/Postmodernism*, Nueva York, Routledge, 1990.

NORTON, Anne, *Reflections on Political Identity*, Baltimore, John Hopkins University Press,

- 1988.
- ROSS, Andrew (ed.), *Universal Abandon: The Politics of Postmodernism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988.
- RYAN, Michael, *Marxism and Deconstruction: A Critical Deconstruction*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1982.
- SAID, Edward, *After the Last Sky: Palestinian Lives*, Nueva York, Pantheon, 1986.
- SHAPIRO, Michael y NEAUBAUER, Deanne, "Spatiality and Policy Discourse: Reading the Global City" en MENDLOVITZ, Saul H. y WALKER, R.B.J. (eds.), *Contending Sovereignties: Rethinking Political Community*, Boulder, Lynne Rienner, 1990, ps. 97-124.
- SMITH, Steve, "Reasons of State", en HELD, David y POLLIT, Christopher (eds.), *New Forms of Democracy*, Sage, Londres, 1986, ps. 192-217.
- SPIVAK Gayatri, *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, Londres, Methuen, 1987.
- SPIVAK, Gayatri, *The Post-Colonial Critic: interviews, strategies, dialogues*, HARASYM, Sarah (ed.), Londres y Nueva York, Routledge, 1990.
- WALKER, R.B.J., *One World, Many Worlds*, Boulder, Lynne Rienner, 1988.
- WALKER, R.B.J., "Security Sovereignty and the Challenge of World Politics" en *Alternatives*, vol. 15, nº. 1, 1991, ps. 3-28.
- WEEDON, Chris, *Feminist Practice and Poststructuralist Theory*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.
- WHITEHEAD, Lawrence, "International Aspects of Democratization" en O'DONNELL, Guillermo y SCHMITTER Philipped (eds), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986.
- WICKHAM, Gary, "The Political Possibilities of Posmodernism" en *Economy and Society*, vol. 19, nº. 1, 1990, ps. 121-49.
- The Lelio Basso Foundation (ed.), *Theory and Practice of Liberation at the End of the XXth Century*, Bruselas, Bruylan, 1988.

R E L A C I O N E S I N T E R N A C I O N A L E S



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950